BIBLIOTECA AMAUTA
Serie América

O'HIGGINS PINTADO POR SI MISMO

ediciones ercilla

TODOS LOS TIEMPOS ::: TODAS LAS CULTURAS

CHAVIN

BIBLIOTECA AMAUTA
(Serie América)
Dirigida por Luis Alberto Sánchez

O'HIGGINS
pintado por sí mismo

O'HIGGINS

pintado por sí mismo

Prólogo de
Luis Alberto Sánchez.
Notas de E. de la Cruz y otros.

17303

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1941

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
JUN 26 1941
DEPOSITO LEGAL

FABRICACION CHILENA PRINTED IN CHILE
Prensas de la EDITORIAL ERCILLA, S. A.—Santiago de Chile

BERNARDO O'HIGGINS

I. ESQUEMA BIOGRAFICO

Hay vidas que se condensan en una frase, propia o ajena, de todas maneras, en una frase: la de O'Higgins pudiera concretarse, no obstante sus horas de gloria, en una del Libertador San Martín, en carta que le dirigió desde Mendoza, el 30 de abril de 1823, al saber los terribles contratiempos que atormentaban a su amigo y que decidieron su dimisión: «Por lo que veo, ni su honradez ni servicios lo pondrán a cubierto de atentado; el mismo Gobierno no podrá defenderle de insultos, y más vale la muerte que tal padecer. Dígame usted dónde va; yo le ofrezco verlo dentro de ocho o diez meses, y olvidarnos de que existen hombres».

A pesar de semejante amargura, ni San Martín ni O'Higgins pudieron olvidar que «existían hombres»; ni siquiera pudieron olvidar que existían, respectivamente, argentinos y chilenos. Habría sido utópico esperar tal olvido. Vidas tan nutridas de savia colectiva, tan señoras de naciones, no pueden prescindir, aunque lo quieran, de su escenario que es su alimento. O'Higgins fué así.

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

Nació en Chillán, el año de 1778, de un amor otoñal del célebre Gobernador de Chile — hijo de sus obras — don Ambrosio Higgins (u O'Higgins) y la joven chillaneja Isabel Riquelme. Aunque carente de sanción religiosa aquel encuentro, la madre no desamparó a su vástago, ni el padre quiso olvidarlo. Antes bien, si no, al pronto, su nombre, en cambio le otorgó su vigilante asistencia. Un amigo de toda intimidad llevó a su casa de campo al niño Bernardo Riquelme, como entonces se llamaba el hijo del futuro Virrey del Perú. Fray Francisco Ramírez veló por sus primeros conocimientos. Y no despertaba aún a la adolescencia cuando, por orden del viejo magnate, el joven Bernardo fué conducido a Lima, a fin de perfeccionar sus estudios.

Tenía diecisiete años en la fecha que el Virrey le mandó a Europa. Quizá lo hizo por velar su prestigio; tal vez, por respeto al buen nombre de Isabel, que más tarde contrajo matrimonio con un hombre que la amaba y de quien tuvo una hija que fué constante compañera de Bernardo en los días tristes de su ostracismo. En todo caso, jamás dejó de pensar el viejo marqués en aquel vástago que le naciera en tierra chillaneja de un vientre de chilena.

Don Nicolás de la Cruz asesoró los primeros pasos del joven Riquelme, en Cádiz. Los relojeros Spencer and Perkins se encargaron de su cuidado en Londres, a donde fué a estudiar. Alumno del pensionado de Richemond durante cerca de tres años, al salir de ahí tropezó, si así es dable decirlo, con la Libertad, con el sueño de emancipar a su país: «desde que en el año de 1798 me lo inspiró el general Miranda», según escribiría él mismo.

En efecto, el tenaz precursor don Francisco de Miranda andaba, por esos días, en Inglaterra, después de sus muchas vicisitudes, difundiendo la idea de emancipar a la América Española. Uno de sus discípulos y correligio-

narios fué el joven Riquelme, a quien el ardiente venezolano llamaba «compatriota», saturado como estaba de íntima y vigorosa solidaridad nacional con todos los criollos nacidos en el Nuevo Mundo.

*Andaban por Europa, irritados e intrigando, los jesuítas expulsos. Uno de ellos, el arequipeño Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, publicó por esos días su célebre «*Lettre aux Espagnols-Americains»*, que provocó intensas discusiones. Miranda maniobraba cerca de la Cancillería inglesa. Lord Pophan, Pitt, todos los políticos ingleses tuvieron algo que ver con el inquieto caraqueño. Bernardo Riquelme, el «guacho O'Higgins» como, con pretensa afrenta, le llamarían después los empingorotados señorones de la aristocracia de su patria, sintió el contagio de Miranda y se consagró a la tarea de libertar a su país y la América. Afiliado a la «Logia Lautaro» no cejó en su empeño, a pesar de los sinsabores que se fueron amontonando, cual doloroso legado, sobre su cabeza.*

En 1801, «Riquelme» volvió al Nuevo Mundo. Muerto su padre, adquirió el derecho (por aquél reconocido) de usar el apellido que naturalmente le correspondía.

Bernardo O'Higgins trabaja desde entonces sin tregua por sus ideales, y, cuando en septiembre de 1810 es proclamada la independencia de Chile, se le ve como representante en el primer Congreso de su país. Pero, surgen las disputas entre las dos alas de los libertadores de Chile, igual que en toda América. Los juntistas se tornan conservadores, mientras otros exigen más y más amplitud de miras y objetivos. Chocado con el ambiente, O'Higgins y Martínez de Rozas abandonan las sesiones del Congreso, si no desengañados, sí, en protesta. Son los días en que triunfa la estrella de José Miguel Carrera, émulo y, luego, rival de O'Higgins.

Consagrado a la carrera de las armas, el hijo del virrey organiza ejércitos, improvisa huestes. Ocurre el desastre de Rancagua, en que el joven general se cubre de fama y de infortunio.

Durante tres años dramáticos Chile se ve agobiado por la reacción realista. Incapaz de someterse, O'Higgins pasa a la Argentina, a buscar la cooperación del general José de San Martín, que ha conquistado allá los lauros de San Lorenzo y que, desde Mendoza, prepara una campaña decisiva sobre el otro lado de los Andes.

Los dos capitanes planean el paso de la cordillera. Lo realizan. Cumplen la tremenda hazaña. El 12 de febrero de 1817, en Chacabuco, la victoria sonríe al fin a los patriotas. Se abre para Chile, definitivamente, la era de la emancipación. Como quedan vigorosos núcleos de fuerzas españolas en el país, las tropas libertadoras se consagran a batirlas. O'Higgins marcha sobre Concepción y Talcahuano, donde cosecha experiencias y reveses. Finalmente, en Maipú queda prácticamente sellada la emancipación chilena. Pero, para cimentarla, hay que obtener la del Perú, donde España tiene concentrados poderosos recursos.

Entretanto, San Martín, comprendiendo que su deber es dejar el campo a un héroe nacional, renuncia a la autoridad que se le brinda, y O'Higgins asume el cargo de Director Supremo de Chile. Durante su gobierno decreta importantísimas leyes, que revelan su indudable patriotismo, pese a las sombras dictatoriales que después le anublan. Todos sus esfuerzos se concentran en obtener la estructuración del nuevo Estado y en limpiar de enemigos las comarcas de su patria.

Pero su obra cumbre es la de organizar la expedición libertadora del Perú. Para ello utiliza, primero, a Lord Cochrane, y, luego, en 1820, encomienda a San Martín la jefatura del ejército de chilenos y argentinos que zarpa rumbo

al Norte. «De estas cuatro tablas pende la libertad de Sud-América» es la frase gráfica con que O'Higgins despide a los heroicos paladines.

Paralelamente tiene que afrontar la lucha con los Carrera, que se convierten en enconados enemigos suyos. A tanto llegan las intrigas y conjuras, a tanto su irreconciliable antagonismo con el Senado conservador, que, al fin, hacia 1823, después de dramáticas escenas en las que Isabel Riquelme demuestra ser digna madre de su hijo, el Director decide dimitir su cargo y expatriarse. Se marcha entonces al Perú, lleno de congoja. En tal período le escribe San Martín las frases que encabezan la presente semblanza.

El Perú le brinda auspiciosa acogida. Ocupa la hacienda Montalván, trabajando como agricultor, desligado de la cosa pública. Sin embargo, así lo revelan las cartas que publicamos, no puede dejar de mirar sin interés lo que ocurre en su patria, herido siempre por los desengaños y ataques de que se le ha hecho víctima.

Traba conocimiento personal con Bolívar; no abandona la correspondencia con San Martín; observa, apasionadamente, los sucesos de Chile; suele intervenir en los del Perú; trabaja su campo, y alimenta, en medio de todo ello, un conmovedor cariño familiar. A su lado tiene a su media hermana, Rosa Rodríguez, hija del matrimonio de Isabel Riquelme, y en ningún instante abandona a su abnegada madre. La persistencia de su devoción filial, realmente conmueve. Los años, la gloria, la desventura, nada le hace olvidar a la meritísima mujer que alumbró un día remoto, en Chillán, al entonces vergonzante vástago de un magnate peninsular, al después libertador de Chile.

No puede, empero, callar su animadversión a los políticos chilenos triunfantes en esa hora. Tampoco, éstos, la enemiga que sienten contra el ex Director Supremo. Las viejas rencillas con el Senado conservador se transforman

en disparidad insanable con Diego Portales, cuyos planes vitupera el desterrado. De retruque, Portales se expresa crudamente con respecto a O'Higgins, en sus cartas (1).

Pero, ocurre que, mientras preparaba la expedición contra la Confederación Peruanoboliviana, mientras se apresta a lanzar sus fuerzas bajo el mando de Blanco Encalada y con la cooperación de los expresidentes peruanos Gamarra y Lafuente, el omnipotente ministro chileno sucumbe, sumariamente ejecutado (o asesinado si se quiere) por un pelotón de rebeldes, con motivo de la algarada de Vidaurre. Ocurre, también, que la expedición de Blanco tiene que firmar el convenio de Paucarpata; que el gobierno de Chile se revuelve contra ello y prepara la nueva expedición al mando del general Bulnes, también con la cooperación de desterrados y descontentos peruanos, y sucede que la Confederación, amagada antes por Rosas desde el sudeste, es vencida (1839). El proscrito O'Higgins siente reverdecer en el fondo del corazón, su inagotado amor a la patria, cuyo suelo quisiera hollar de nuevo. Bulnes, el vencedor, lo insta a volver. Pero, en el entretanto, a través de los largos años de exilio, han ido amontonándose sobre la cabeza del prócer multitud de cavilaciones, de problemas, de afectos, de intereses, de pequeñas y grandes cosas, de esas que, precisamente, son las que atan una vida. Los años pesan inexorablemente. Las cartas que O'Higgins escribe y recibe al respecto tienen patética elocuencia. Y rondando aún el tema, asoma un día la muerte y se lo lleva, sin permitirle tornar a Chile. Sobreviene el deceso de O'Higgins, en el Perú, el 24 de octubre de 1842.

---

(1) Véase **"Portales pintado por sí mismo"** en esta misma colección.

II. — SOBRE EL CONTENIDO DE ESTAS CARTAS

No se busque «estilo» en las cartas de O'Higgins, como tampoco lo hay en las de San Martín. Si Bolívar, Monteagudo y, también, Miranda tienen arrebatos literarios llenos de brío, que alcanzan en el primero auténtico vuelo poético, no se piense que todo hombre que edifica un mundo con la espada o rescata la libertad con la misma, tiene la obligación de ser tribuno o poeta.

Pero, se halla en tales hombres un germen de personalidad que conmueve hasta cuando se muestran más sobrios. Tras todo lo que dicen alienta una intensa emoción, una responsabilidad indudable. El Epistolario de O'Higgins es digno, por eso, de su obra, tan discutida, tan atacada hasta en nuestros días por aquellos que dejan fluir de sus criterios y corazones el jugo de rencores ya intolerables.

Se han acumulado sobre el nombre del héroe de Rancagua y Chacabuco, ataques de todo jaez, presentándolo, en muchos casos, como un estratega mediocre. En cambio, desde otro sector se interpretan sus actos de audacia como las únicas posibilidades para decidir, en ocasiones, el triunfo. Se le ha tildado de tirano y, por algunos, de demagogo. Pero, no se ha podido debilitar la solidez de su figura moral, de su acrisolada abnegación, de su consagración persistente e irrevocable a la causa de la libertad.

Todo ello, en cierto modo, contribuye a rodear de una aureola romántica la epónima figura.

Pero, hay otros aspectos de su personalidad que necesitan esclarecimiento y, por tanto, aplauso. Sus actos de gobierno respondieron a necesidades de su época. Si cotejamos lo ocurrido en Chile con los sucesos de Venezuela y Colombia, caeremos en la cuenta de que O'Higgins se ciñó lealmente a las circunstancias e interpretó su momento his-

II. — SOBRE EL CONTENIDO DE ESTAS CARTAS

No se busque «estilo» en las cartas de O'Higgins, como tampoco lo hay en las de San Martín. Si Bolívar, Monteagudo y, también, Miranda tienen arrebatos literarios llenos de brío, que alcanzan en el primero auténtico vuelo poético, no se piense que todo hombre que edifica un mundo con la espada o rescata la libertad con la misma, tiene la obligación de ser tribuno o poeta.

Pero, se halla en tales hombres un germen de perennidad que conmueve hasta cuando se muestran más sobrios. Tras todo lo que dicen alienta una intensa emoción, una responsabilidad indudable. El Epistolario de O'Higgins es digno, por eso, de su obra, tan discutida, tan atacada hasta en nuestros días por aquellos que dejan fluir de sus criterios y corazones el jugo de rencores ya intolerables.

Se han acumulado sobre el nombre del héroe de Rancagua y Chacabuco, ataques de todo jaez, presentándolo, en muchos casos, como un estratega mediocre. En cambio, desde otro sector se interpretan sus actos de audacia como las únicas posibilidades para decidir, en ocasiones, el triunfo. Se le ha tildado de tirano y, por algunos, de demagogo. Pero, no se ha podido debilitar la solidez de su figura moral, de su acrisolada abnegación, de su consagración persistente e irrevocable a la causa de la libertad.

Todo ello, en cierto modo, contribuye a rodear de una aureola romántica la epónima figura.

Pero, hay otros aspectos de su personalidad que necesitan esclarecimiento y, por tanto, aplauso. Sus actos de gobierno respondieron a necesidades de su época. Si colejamos lo ocurrido en Chile con los sucesos de Venezuela y Colombia, caeremos en la cuenta de que O'Higgins se ciñó lealmente a las circunstancias e interpretó su momento his-

lírico. Discípulo de Miranda, no puede dejarse de considerar jamás en él su inevitable fondo de roussonianismo, de lo que, acaso, podríamos denominar su liberalismo de primer agua.

Sus decretos respondieron a tal actitud. Desde el campo del carrerismo se ha vituperado siempre a O'Higgins, no sólo como un «guacho», o hijo del acaso, sino por sus ideas y su «crueldad». Se le pinta como un monstruo. Reacción explicable en aquel tiempo; hoy insostenible. Podemos estar en desacuerdo con uno u otro, según nuestro temperamento, como podemos apreciar más a Bolívar o a San Martín, según nuestra modalidad psicológica, pero no es admisible que se pretenda negar hechos tangibles y, por tanto, irrevocables.

Don José Miguel Carrera, figura soberbia, tempestuosa, arrebatada, pasional, vehemente, llena de entusiasmo, de ímpetu, choca con O'Higgins, de estirpe irlandesa, flemático, tozudo, silencioso, persistente. No sólo son dos conceptos de la vida política, sino también dos puntos divergentes de la vida individual. Difieren en el radio exterior y en el motor interno. Sus posibilidades están tan en abierta pugna como sus incitaciones.

Mas, no tratamos de este aspecto de O'Higgins en el presente libro. El mismo se presenta con sus dudas, sus angustias, sus aspiraciones, su quemante nostalgia y su amargura irrestañable, desde que se llamó a proscrito. Así se describe él mismo, a través de las cartas que brindamos en la presente edición.

No se trate de hallar en él un ideólogo de los puntos de Bolívar, un político de la estirpe de Portales. Es un hombre a quien su estrella — que era su voluntad — y su medio — que era su escenario — lo colocaron, desde adolescente, en el único sendero compatible con su austero concepto de la vida: con los libres.

tórico. Discípulo de Miranda, no puede dejarse de considerar jamás en él su inevitable fondo de roussonianismo, de lo que, acaso, podríamos denominar su liberalismo de primer agua.

Sus decretos respondieron a tal actitud. Desde el campo del carrerismo se ha vituperado siempre a O'Higgins, no sólo como un «guacho», o hijo del acaso, sino por sus ideas y su «crueldad». Se le pinta como un monstruo. Reacción explicable en aquel tiempo; hoy insostenible. Podemos estar en desacuerdo con uno u otro, según nuestro temperamento, como podemos apreciar más a Bolívar o a San Martín, según nuestra modalidad psicológica, pero no es admisible que se pretenda negar hechos tangibles y, por tanto, irrevocables.

Don José Miguel Carrera, figura soberbia, tempestuosa, arrebatada, pasional, vehemente, llena de entusiasmo, de ímpetu, choca con O'Higgins, de estirpe irlandesa, flemático, tozudo, silencioso, persistente. No sólo son dos conceptos de la vida política, sino también dos puntos divergentes de la vida individual. Difieren en el radio exterior y en el motor interno. Sus posibilidades están tan en abierta pugna como sus incitaciones.

Mas, no tratamos de este aspecto de O'Higgins en el presente libro. El mismo se presenta con sus dudas, sus angustias, sus aspiraciones, su quemante nostalgia y su amargura irrestañable, desde que se llamó a proscrito. Así se describe él mismo, a través de las cartas que brindamos en la presente edición.

No se trate de hallar en él un ideólogo de los puntos de Bolívar, un político de la estirpe de Portales. Es un hombre a quien su estrella — que era su voluntad — y su medio — que era su escenario — lo colocaron, desde adolescente, en el único sendero compatible con su austero concepto de la vida: con los libres.

Impregnado de una profunda noción del deber, jamás arriará bandera. Si acaso, se eliminará del campo, mas no tratará de detener con codicias la marcha de su patria. A través de su «Epistolario» se le ve rencoroso y hasta avieso con respecto a los sucesos políticos de Chile, pero se limita— él que había sido actor — a observar y, fiel a su juramento y a la invitación de San Martín, a «olvidarse que existen hombres».

Dura, pero eficaz lección de lo que puede un limpio concepto del deber y de la vida, en una conciencia bien puesta y bien templada por un ideal insuperable.

III. ESTA EDICION

Don Ernesto de la Cruz, meritísimo estudioso chileno, publicó dos volúmenes con el «Epistolario de O'Higgins», cuyo primer tomo fué luego publicado, dividido en dos, por la Biblioteca América que dirigió Rufino Blanco-Fombona. De las 349 cartas que componen la colección de De la Cruz hemos seleccionado 59, dejando de lado aquellas que sólo se refieren a sucesos del momento, a hechos pasajeros, y trascribiendo las que arrojan luz sobre el carácter de nuestro protagonista.

Hemos querido presentar un retrato de O'Higgins, pintado por sí mismo; más que de la época en que le cupo trabajar y sufrir.

Las notas corresponden en la generalidad de los casos a extractos de las que redactó el señor De la Cruz. Nos hemos limitado a concretarlas, prescindiendo de excesos de información, no necesarios para nuestros fines.

Las pocas que hemos añadido por nuestra parte llevan las iniciales N. E. (Nota del editor). Los números que van al comienzo de cada carta corresponden a la edición de De la Cruz.

Impregnado de una profunda noción del deber, jamás arriará bandera. Si acaso, se eliminará del campo, mas no tratará de detener con codicias la marcha de su patria. A través de su «Epistolario» se le ve rencoroso y hasta avieso con respecto a los sucesos políticos de Chile, pero se limita — él que había sido actor — a observar y, fiel a su juramento y a la invitación de San Martín, a «olvidarse que existen hombres».

Dura, pero eficaz lección de lo que puede un limpio concepto del deber y de la vida, en una conciencia bien puesta y bien templada por un ideal insuperable.

III. ESTA EDICION

Don Ernesto de la Cruz, meritísimo estudioso chileno, publicó dos volúmenes con el «Epistolario de O'Higgins», cuyo primer tomo fué luego publicado, dividido en dos, por la Biblioteca América que dirigió Rufino Blanco-Fombona. De las 349 cartas que componen la colección de De la Cruz hemos seleccionado 59, dejando de lado aquellas que sólo se refieren a sucesos del momento, a hechos pasajeros, y trascribiendo las que arrojan luz sobre el carácter de nuestro protagonista.

Hemos querido presentar un retrato de O'Higgins, pintado por sí mismo; más que de la época en que le cupo trabajar y sufrir.

Las notas corresponden en la generalidad de los casos a extractos de las que redactó el señor De la Cruz. Nos hemos limitado a concretarlas, prescindiendo de excesos de información, no necesarios para nuestros fines.

Las pocas que hemos añadido por nuestra parte llevan las iniciales N. E. (Nota del editor). Los números que van al comienzo de cada carta corresponden a la edición de De la Cruz.

IV. PEQUEÑA INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Recomendamos, entre la multitud de libros y folletos que tratan de O'Higgins, los siguientes, que conceptuamos esenciales:

EPISTOLARIO DE O'HIGGINS, *por Ernesto de la Cruz: obra premiada por el Supremo Gobierno. Tomo I. (1798-1823). Santiago, 1917; Tomo II, (1823-1842). Santiago, 1920. Reed. el 1er. Tomo en la Bibl. Ayacucho, dirigida por Rufino Blanco-Fombona. Madrid.*

LA DICTADURA DE O'HIGGINS, *por Miguel Luis Amunátegui, Santiago, 1853, 1914.*

HISTORIA GENERAL DE CHILE, *por Diego Barros Arana.*

EL OSTRACISMO DE O'HIGGINS, *por Benjamín Vicuña Mackenna, Valparaíso, 1860.*

HISTORIA DE LA EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU, *por Gonzalo Bulnes, Santiago, 1887 (2 vols.)*

L. A. S.

CHILENA
CHILE